

CONTRICIÓN

1. Necesidad de la conversión y la contrición cristianas. 2. Volver a Dios, nuestro Padre, mediante el sacramento de la Penitencia. 3. Dolor de amor.

En muchas ocasiones san Josemaría decía que la mejor de las devociones son los actos de contrición. “La vida espiritual es –lo repito machaconamente, de intento– un continuo comenzar y recomenzar. – ¿Recomenzar? ¡Sí!: cada vez que haces un acto de contrición –y a diario deberíamos hacer muchos–, recomienzas, porque das a Dios un nuevo amor” (F, 384). La doctrina sobre la contrición ocupa un lugar importante en su mensaje; la analizaremos partiendo de su conexión con otra cuestión decisiva: la conversión.

1. Necesidad de la conversión y la contrición cristianas

Jesucristo comenzó su predicación del anuncio del reino de Dios con la llamada a la contrición, al arrepentimiento y, como consecuencia, a la conversión: “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1, 15). La conversión supone un profundo reconocimiento de nuestra condición de pecadores, de nuestras miserias, una específica humildad que deteste el pecado y sepa dejar todas las insuficiencias que arrastramos –aquellas que son consecuencia del pecado original y las causadas por nuestra propia culpa– en manos del Señor mediante actos verdadera y profundamente contritos. Esto es necesario al comenzar a vivir una vida auténticamente cristiana. Pero es igualmente necesario después de años de una rigurosa lucha ascética, ya que con el paso del tiempo se ven los propios defectos con más claridad, y pesan más. Esa experiencia no es motivo de sorpresa, más bien es algo muy normal en la vida interior. Ningún santo se sentía santo porque conocía perfectamente la discrepancia que hay entre el amor afecti-

vo y el amor efectivo a Dios (el tema es recurrente en *Tratado del amor a Dios* de san Francisco de Sales, en *Práctica del amor a Jesucristo* de san Alfonso María de Ligorio y en otras obras similares). Hay que reaccionar con una visión sobrenatural, ver las cosas bajo la luz de la fe, que nos dice: una de las consecuencias del pecado original es nuestra constante inclinación al pecado y al error. A pesar de la lucha ascética, darse cuenta de esa inclinación puede llevar a la tentación de perder la paz y la alegría, cayendo en escrúpulos que no ven los propios defectos como faltas de amor a Dios. La salida a esta situación está únicamente en la verdadera humildad. “Si has cometido un error, pequeño o grande, ¡vuelve corriendo a Dios! –Saborea las palabras del salmo: «cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias» –el Señor jamás despreciará ni se desentenderá de un corazón contrito y humillado” (F, 172).

A san Josemaría le gustaba tener siempre muy presente la parábola del hijo pródigo (Lc 15), “que nunca nos cansaremos de meditar” (ECP, 178), pues “la vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre. Volver mediante la contrición, esa conversión del corazón que supone el deseo de cambiar, la decisión firme de mejorar nuestra vida, y que, por tanto, se manifiesta en obras de sacrificio y de entrega” (ECP, 64).

2. Volver a Dios, nuestro Padre, mediante el sacramento de la Penitencia

Este volver tiende por su propia naturaleza al sacramento de la Penitencia. “Volver hacia la casa del Padre, por medio de ese sacramento del perdón en el que, al confesar nuestros pecados, nos revestimos de Cristo y nos hacemos así hermanos suyos, miembros de la familia de Dios. (...) No importa nuestra deuda. Como en el caso del hijo pródigo, hace falta sólo que abramos el corazón, que tengamos añoranza del hogar de nuestro Padre, que nos maravillamos y nos alegremos ante el don

que Dios nos hace de podernos llamar y ser, a pesar de tanta falta de correspondencia por nuestra parte, verdaderamente hijos suyos” (*ibidem*). La contrición tiene, pues, una estrecha relación, por un lado, con la filiación divina, que, según la enseñanza de san Josemaría, constituye el fundamento de toda la vida espiritual, y, por otro, con el sacramento de la Penitencia.

Consideremos primero su relación con la filiación divina: “La conciencia de nuestra filiación divina da alegría a nuestra conversión: nos dice que estamos volviendo hacia la casa del Padre” (*ibidem*). El hombre necesita convertirse mediante la contrición, dándose cuenta del regalo inmenso y gratuito de su filiación divina. La gracia nos empuja a esa conversión siempre que, de un modo u otro, nos hemos apartado de Dios. “Si obraras conforme a los impulsos que sientes en tu corazón y a los que la razón te dicta, estarías de continuo con la boca en tierra, en postración, como un gusano sucio, feo y despreciable... delante de jese Dios! que tanto te va aguantando” (C, 597). Pero esta situación no nos debe quitar la paz y la confianza en el Señor. “La indulgencia es proporcional a la autoridad. Un simple juez ha de condenar –quizá reconociendo los atenuantes– al reo convicto y confeso. El poder soberano de un país, algunas veces, concede una amnistía o un indulto. Al alma contrita, Dios la perdona siempre” (S, 763). “Si nos arrepentimos, si brota de nuestro corazón un acto de dolor, si nos purificamos en el santo sacramento de la Penitencia, Dios sale a nuestro encuentro y nos perdona; y ya no hay tristeza: es muy justo *regocijarse porque tu hermano había muerto y ha resucitado; estaba perdido y ha sido hallado* (Lc 15, 32)” (ECP, 178).

Los actos de contrición deben respirar el aire de la filiación divina auténticamente vivida: “Un hijo de Dios trata al Señor como Padre. Su trato no es un obsequio servil, ni una reverencia formal, de mera cortesía, sino que está lleno de sinceridad

y de confianza. Dios no se escandaliza de los hombres. Dios no se cansa de nuestras infidelidades. Nuestro Padre del cielo perdona cualquier ofensa, cuando el hijo vuelve de nuevo a Él, cuando se arrepiente y pide perdón” (ECP, 64).

Pero si san Josemaría insiste en la filiación divina, subraya también que está en relación con el sacramento de la Penitencia, como lo señala la Tradición cristiana. Según la enseñanza del Concilio de Trento, “son *quasi-materia* de este sacramento los actos del penitente, es decir: contrición, confesión y satisfacción” (DH, 1673). Doctrina que se precisa añadiendo a continuación que la contrición ocupa entre los tres actos del penitente el primer lugar (cfr. DH, 1674).

Dejando claro que este sacramento es absolutamente necesario para el perdón de los pecados graves, san Josemaría va más allá recomendando el uso frecuente, incluso semanal, de este sacramento. Ese consejo parte de una razón teológica: la importancia del perdón, también de las faltas leves, y el hecho de que todos los sacramentos implican una específica configuración con Cristo, también el sacramento de la Penitencia. La configuración con Cristo en este sacramento hace al penitente partícipe de Cristo crucificado en cuanto que Cristo, al asumir la condición humana, se sometió al juicio de Dios Padre sobre el pecado. Recibiendo este sacramento, el penitente cobra una especial dignidad al quedar incorporado, mediante su contrición, a la obra redentora de Jesús, a esa reconciliación obrada por la Cruz de Cristo, que alcanza la humanidad entera. Dice san Josemaría: “Jesús: que nunca más te pierda (...). Y entonces la desgracia y el dolor nos unen, como nos unió el pecado, y salen de todo nuestro ser gemidos de profunda contrición y frases ardientes, que la pluma no puede, no debe estampar” (SR, Quinto Misterio Glorioso); “Acaba siempre tu examen con un acto de Amor –dolor de Amor–: por ti, por todos los pecados de los hombres...” (C, 246).

3. Dolor de amor

San Josemaría repite con frecuencia que la santidad personal consiste en identificarse con Cristo, en “ser otro Cristo, el mismo Cristo”; tarea que dura toda la vida y que lleva a mantener el deseo de conversión de forma constante. Puede darse el caso de que la conversión inicial parta de un gran alejamiento de Dios, pero aún entonces no se debe desesperar: “¡Muy honda es tu caída! –Comienza los cimientos desde ahí abajo. –Sé humilde. –“Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias”. –No despreciará Dios un corazón contrito y humillado” (C, 712). “Padre: ¿cómo puede usted aguantar esta basura? –me dijiste–, luego de una confesión contrita. –Callé, pensando que si tu humildad te lleva a sentirte eso –basura: ¡un montón de basura!–, aún podremos hacer de toda tu miseria algo grande” (C, 605). Siempre se debe ir adelante por el camino cristiano con plena confianza en Dios: “El Señor convirtió a Pedro –que le había negado tres veces– sin dirigirle ni siquiera un reproche: con una mirada de Amor. –Con esos mismos ojos nos mira Jesús, después de nuestras caídas. Ojalá podamos decirle, como Pedro: “¡Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo!”, y cambiemos de vida” (S, 964).

Pero en la vida espiritual ordinaria no se trata siempre de un comienzo completamente nuevo. “En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera –ese momento único, que cada uno recuerda, en el que se advierte claramente todo lo que el Señor nos pide– es importante; pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones. Y para facilitar la labor de la gracia divina con estas conversiones sucesivas, hace falta mantener el alma joven, invocar al Señor, saber oír, haber descubierto lo que va mal, pedir perdón. (...) Él nos oye, y no desatenderá lo que pide un *corazón contrito y humillado*” (ECP, 57; las palabras finales son una cita del Salmo 51, que san Josemaría meditaba a diario). Justamente

cuando uno ya lleva años de lucha ascética, viendo sus propias faltas de correspondencia al amor a Dios, se puede caer en la tentación de calibrar las deficiencias como algo inevitable. Precisamente entonces hay que mantener el alma joven y profundamente humilde, y temer cualquier forma de aburguesamiento espiritual. “Advierete la Escritura Santa que hasta *el justo cae siete veces* (Pr 24, 16). Siempre que he leído estas palabras, se ha estremecido mi alma con una fuerte sacudida de amor y de dolor” (AD, 215).

El dolor de los pecados es perfecto cuando es un “dolor de amor”, cuando es expresión de un amor que nace de lo más hondo del alma. Así lo recalcó con fuerza san Josemaría: “Dolor de Amor. –Porque Él es bueno. –Porque es tu Amigo, que dio por ti su Vida. –Porque todo lo bueno que tienes es suyo. –Porque le has ofendido tanto... Porque te ha perdonado... ¡Él!... ¡¡a ti!!–Llora, hijo mío, de dolor de Amor” (C, 436; cfr. C, 503). “¿Lloras? –No te dé vergüenza. Llora: que sí, que los hombres también lloran, como tú, en la soledad y ante Dios. –Por la noche, dice el Rey David, regaré con mis lágrimas mi lecho. Con esas lágrimas, ardientes y viriles, puedes purificar tu pasado y sobrenaturalizar tu vida actual” (C, 216). “Lo que debo a Dios, por cristiano: mi falta de correspondencia, ante esa deuda, me ha hecho llorar de dolor: de dolor de Amor. ‘Mea culpa!’” –Bueno es que vayas reconociendo tus deudas: pero no olvides cómo se pagan: con lágrimas... y con obras” (C, 242).

En ese contexto se entiende bien que, como ya hemos visto, para san Josemaría, la vida espiritual sea un continuo comenzar y recomenzar. “Vivía, con esperanza, el *hoy y ahora*” (BERNAL, 1976, p. 215). El estar aquí y ahora en la presencia de Dios es fundamental en toda la enseñanza del fundador del Opus Dei. “Que los tropiezos y derrotas no nos aparten ya más de Él. Como el niño débil se arroja compungido en los brazos recios de su padre, tú y yo

nos asiremos al yugo de Jesús. Sólo esa contrición y esa humildad transformarán nuestra flaqueza en fortaleza divina” (VC, VII Estación). Como el amor no tiene límites, cada momento presenta –en cierto modo– una nueva apertura al amor a Dios, y “no olvides que el Dolor es la piedra de toque del Amor” (C, 439). Por lo tanto el “dolor de Amor” debe ser algo constante en la vida interior. “Alimenta en tu alma el afán de reparación, para conseguir cada día una contrición mayor” (F, 198).

El dolor y la contrición se convierten aquí en desagravio, que se extiende a los pecados de todos los hombres. “Renueva durante el día tus actos de contrición: mira que a Jesús se le ofende de continuo y, por desgracia, no se le desagravia con ese ritmo. Por eso vengo repitiendo desde siempre: los actos de contrición, ¡cuantos más, mejor! Hazme tú eco, con tu vida y con tus consejos” (S, 480). Esta solidaridad con el género humano es una consecuencia de la íntima unión con Cristo que se ofrece por todos los hombres en la Cruz. Así el fundador del Opus Dei aconseja: “Acaba siempre tu examen con un acto de Amor –dolor de Amor–: por ti, por todos los pecados de los hombres... –Y considera el cuidado paternal de Dios, que te quitó los obstáculos para que no tropezases” (C, 246).

Finalmente, un texto que nos sitúa ante el horizonte mariano de la contrición: “Dirígete a la Virgen, y pídele que te haga el regalo –prueba de su cariño por ti– de la contrición, de la compunción por tus pecados, y por los pecados de todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, con dolor de Amor. Y, con esa disposición, atrévete a añadir: Madre, Vida, Esperanza mía, condúceme con tu mano..., y si algo hay ahora en mí que desagrada a mi Padre-Dios, concédeme que lo vea y que, entre los dos, lo arranquemos. Continúa sin miedo: ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen Santa María!, ruega por mí, para que, cumpliendo la amabilísima Voluntad de tu Hijo, sea digno de alcanzar

y gozar las promesas de Nuestro Señor Jesús” (F, 161).

Voces relacionadas: Amor a Dios; Conversión; Desagravio; Filiación divina; Lucha ascética; Pecado; Penitencia, Virtud y sacramento de la.

Bibliografía: F, 158-215, 377-474; JUAN PABLO II, Exhort. Ap. *Reconciliatio et paenitentia*, 1984; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1976; Leo SCHEFFCZYK, “Die spezifische Heilswirkung des Bußsakraments”, en Klaus M. BECKER (ed.), *Sinn und Sendung, III Erneuerung durch Buße*, St. Augustin, Wort und Werk, 1978, pp. 17-45.

Klaus M. BECKER

CONVERSACIONES CON MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER (libro)

1. El ciclo de las entrevistas. 2. La homilía *Amar al mundo apasionadamente*. 3. De la prensa periódica al libro. 4. Tipo de entrevistas. 5. Contexto, temas, ideas. 6. Repercusión y fortuna editorial.

En 1968 se publicó en castellano, y también, casi simultáneamente, en inglés, portugués e italiano, *Conversaciones con monseñor Escrivá de Balaguer*, un libro con algunas entrevistas que san Josemaría había concedido a la prensa en los dos años anteriores.

1. El ciclo de las entrevistas

A mediados de los años sesenta, en efecto, san Josemaría se había dado cuenta, según explica Illanes, de “que la concepción de entrevistas a la prensa podía ser un vehículo adecuado para transmitir su testimonio como fundador sobre la realidad del Opus Dei y, eventualmente, para tratar temas doctrinales hacia los que la opinión pública, recién celebrado el Concilio Vaticano II, estaba particularmente sensibilizada” (ILLANES, 2009, p. 259). Y en

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.